

I

Le habían disparado tantas veces que las balas parecían moverse a cámara lenta. Ana permitió que pasaran apenas a unos centímetros del casco de la armadura, sin dejar que el sistema de puntería alterara los blancos ya seleccionados, y apretó el gatillo del fusil automático; disparó desde la cadera, confiando en que los servos del brazo y el antirretroceso del arma bastaran para corregir la mala posición. Después de todo, tanto el brazo como el sistema estaban conectados, consiguiendo el ángulo correcto para que...

Bingo.

Cuatro hostiles caídos tras los restos de la mercancía almacenada en la Bodega 3. El radar marcó dos objetivos más al fondo de la enorme sala, pero el estruendo de una ráfaga los borró de la parte superior del HUD de combate. Dani había acabado con ellos sin problemas. Ana lanzó un toque de celebración a su compañero y avanzó hacia los cadáveres. Les echó un vistazo clínico antes de avisar a los de Tecnología. Nunca había estado frente a bichos como estos. Seis patas terminadas en pinzas afiladas, caparazón anaranjado capaz de resistir calibres bajos y un cráneo, si es que era así como se llamaba, con varios ojos de insecto perforados en él.

Hizo un último barrido y desconectó el sistema de combate. El casco se retrajo hasta desaparecer dentro de la armadura y el uso de energía pasó al mínimo. Le llegó el tufo de los hostiles muertos. Vaya pestazo. Ana estaba convencida de que cada oleada de bichos olía peor que la anterior. Seguía sin comprender de dónde salían; llevaban años viajando entre galaxias sin detenerse ni pasar cerca de ningún planeta capaz de albergar vida. Y, sin embargo, día sí y día no, aparecían criaturas de todo tipo en las enormes cubiertas de

almacenaje. No quería ni imaginar qué podía pasar si estos seres llegaban alguna vez a la zona de criogenización, donde miles de futuros colonos esperaban su turno para ser descongelados y habitar Rigel IV.

Ella misma se había apuntado para eso. Rigel IV estaba a doscientos años de viaje lento desde la Tierra, con la promesa de un nuevo principio sin preguntas. No es que Ana huyera de sí misma o de algún pasado tenebroso, tan solo buscaba alejarse. Reinventarse una vez más. De hecho, por el momento, lo estaba consiguiendo. De no empuñar nunca un arma, ahora se había vuelto toda una experta en el combate urbano y de guerrillas. Su turno de descongelación había comenzado hacía cuatro años y todavía le quedaba uno por cumplir. Dos semanas antes había recibido el ascenso a sargento. El resto de su unidad no se quedaba muy atrás. Navegación los había felicitado a todos con una transmisión personalizada. Ella se había ganado tres insignias: Cazadora de Bichos, Feroz en Combate y Tiros a la Cabeza. Y todavía le quedaba un año para mejorar.

Las puertas de la bodega se desbloquearon para dejar paso a Respaldo 3. Era uno de los androides que Navegación usaba para encargarse de tareas tanto científicas como técnicas, como el análisis de los hostiles que aparecían en la nave o para curar las heridas que sufrían en combate. Por suerte ninguno de ellos había muerto. Las armaduras que les habían proporcionado eran todo un ejemplo de tecnología punta, aunque lo cierto era que esperaba no tener que volver a meterse dentro de una tras haber cumplido el servicio.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Respaldo 3, y se arrodilló junto a uno de los bichos con el maletín de muestras entre las manos—. Un insectoide. No veía uno de estos desde el principio de la misión. Apenas le ha cambiado el color. Menuda chapuza.

—¿Chapuza? —dijo Ana—. Oye, mira los impactos. Dos en el pecho, uno en la cabeza. ¿A eso lo llamas chapuza?

Respaldo 3 miró hacia arriba. Los androides eran muy parecidos entre sí, pero, por algún motivo, Navegación había decidido

darles algún toque personal. Respaldo 3 era más bajito que el resto de sus hermanos, pelo rizado corto y mirada huidiza. Sonrió de medio lado encogiéndose de hombros.

—¡Ja, je, ji! —dijo, con una de sus muletillas habituales—. Tiene razón, sargento. Una actuación espléndida. Seguro que en Navegación han tomado buena nota. Ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer. Por favor, dígales a sus hombres que abandonen la bodega lo antes posible, vamos a desinfectar la zona.

—No habrá que insistir demasiado. ¡Chicos! —añadió, actuando el comunicador—. ¡A las duchas!

La algarabía que le chirrió en los oídos fue confirmación suficiente de que todos estaban de acuerdo. Ana se retiró hacia la gran puerta doble de la bodega, dejando a 3 con sus quehaceres. El equipo se reunió en la salida: eran Dani, Charlie, Bo y Nat. Junto con ella, los cinco dedos que formaban el puño defensor de la Escila en su viaje interestelar. Al menos durante esos cinco años.

—Esta vez ha sido sencillo —dijo Dani, retirándose el casco. Era un chico joven, de poco más de veinte años, ojos castaños y sonrisa fácil—. Creo que apenas he gastado munición.

—Estaban dando vueltas por el techo —añadió Nat—. Ha sido como ir a la feria. Un poco raro, si queréis mi opinión. La semana pasada estuvimos un día entero cazando a aquel bicho peludo con garras metálicas. Esto ha durado... ¿minutos?

Ana asintió. Nat tenía razón. Casi siempre la tenía, era la más lista de la unidad. Había estudiado Química en la Tierra, bordeaba los treinta años y su piel era del color canela más bonito que Ana había visto en su vida. Charlie asintió.

—No voy a decir que me disguste. A mi edad prefiero las cosas sencillas.

—Solo tienes cuarenta años, Charlie —dijo Ana, sonriendo.

—Y son veinte más de lo necesario. Si no fuera piloto seguiría durmiendo con el resto. Bendito sueño.

Con la apariencia de un boxeador sonado, Charlie era todo un encanto. La nariz partida le daba un algo diferente. Pero llevaba

razón: en cada grupo de combate tenía que haber un piloto capaz de manejar el pequeño transbordador que la Escila tenía adosado. Charlie trabajaba en la Tierra como piloto para ricos y famosos. Nunca le había preguntado qué le había llevado a abandonar esa vida, que, al menos a Ana, le parecía mucho más interesante que la suya como bibliotecaria.

Bo, por su parte, hizo que la armadura se encogiera de hombros. Ni siquiera se había quitado el casco. Era una chica de pocas palabras, pero a la que querías siempre a tu lado en el combate cuerpo a cuerpo. Verla entrenar en el tatami era uno de los pasatiempos favoritos de Ana. La tukiota no tenía más de veinticinco años, y su pasado como programadora parecía muy lejano cuando veías lo que podía hacer con una catana bien afilada, aunque en combate prefería llevar una *nodachi* de gran tamaño que solo podía mover gracias a los servos de la armadura.

La conversación resultó efímera durante el rápido viaje a la zona de vestuarios. A Ana siempre le sorprendía la velocidad de los ascensores de la nave. Había visto los planos de la Escila antes de embarcarse y había podido comprobar que se trataba de uno de los navíos más grandes jamás construidos por la humanidad. Estaba preparada para albergar el descanso de más de mil colonos en sueño criogénico durante doscientos años, pero también habilitada para que todos despertaran a lo largo de los seis meses anteriores a la llegada a Rigel IV, con toda la intendencia que eso conllevaba. Por no hablar del material que llevaban en las bodegas, todo lo necesario para levantar una nueva civilización: maquinaria agrícola, minera, de construcción; laboratorios enteros, zonas blancas, materiales de todo tipo. La propia nave estaba diseñada para ser parcialmente desmontada y servir como hábitat en el planeta, mientras el resto permanecía en órbita como estación espacial. «Y como defensa orbital», añadió Ana para sí misma casi inmediatamente. Si el universo está lleno de bichos, no sería de extrañar que se usara así a la Escila.

Antes de meterse en la ducha, dos Respaldos más ayudaron al equipo a salir de las armaduras de combate y recoger las armas.

Ana creyó reconocer a Respaldo 10 y a Respaldo 25, pero no estaba segura.

Los Respaldos se encargaban del mantenimiento de toda la nave, bajo las órdenes de Navegación, la inteligencia artificial que llevaba ya —¿cuánto?, ¿cien años?— decidiendo el destino de todos a bordo. Por lo que Ana sabía, los Respaldos eran más de cien, aunque no podía estar segura del todo. Había resultado una sorpresa al despertar, ya que en el momento del embarque les habían dicho que Navegación era autónoma y más que capaz de mantener a la Escila con una pequeña cantidad de drones. Pero una de las características de Navegación era su capacidad para tomar decisiones por sí sola, de ahí la presencia de los Respaldos. Lo cierto era que tratar con los androides era preferible a lidiar con los drones controlados por la IA. Algunos de ellos hasta parecían haber desarrollado personalidades propias, aunque Ana pensaba que no era más que un detalle que Navegación había tenido con los tripulantes humanos. Al parecer, era más fácil para ellos relacionarse con supuestos individuos bien diferenciados en lugar de hablar con decenas de clones impersonales.

Después de la ducha, el equipo se reunió en el comedor del nivel quince. En teoría, todos los comedores eran iguales, grandes mesas octogonales de color caoba con iluminación indirecta, pero el de ese nivel tenía unas vistas particulares, ya que la ventana —bueno, la zona de proyección, más bien dicho; no había ventanas como tales en la Escila— daba justo a la proa de la nave, un largo mástil de telecomunicaciones que se extendía sobre el resto de los sensores. Al fondo, las estrellas jugaban con las luces de la nave. Todo ello confería una agradable sensación de movimiento a un lugar donde no se percibía ni la más mínima vibración.

Charlie lanzó con cuidado el plato sobre la mesa y se dejó caer en un silla.

—Hoy, pato Pekín y arroz al curri.

Bo sacudió la cabeza.

—Chuletón.

Nat levantó un *nigiri* con los palillos mientras Dani atacaba un pescado al horno de aspecto irreconocible. Demasiado ocupado como para contestar, se limitó a asentir con la cabeza. Ana, por su parte, miró el sencillo plato de lomo de cerdo y verduras que había seleccionado. En teoría todos estaban comiendo lo mismo: proteínas vegetales texturizadas y saborizadas al gusto. Pero lo cierto era que la comida no estaba solamente buena, estaba tal y como se esperaba de ella. La variedad era impresionante, podían pasar meses sin repetir una receta. Y todo debía estar ajustado al límite, pues ninguno de ellos había subido un solo kilo desde que había comenzado el servicio de defensa, y tampoco es que hicieran mucho ejercicio extra. Quizá todos tenían el metabolismo controlado por la criogenia. Tenía que preguntarle a algún respaldo sobre el tema.

—¿No come, sargento? —preguntó Charlie, a mitad de engullir el plato.

—A veces parece que no tengo hambre —contestó—, pero de repente es como si no hubiera comido en meses.

Bo levantó un trozo de chuletón pinchado en el tenedor.

—Me pasa igual. Pensaba que después de oler a esos bichos no podría comer, pero, de repente... chuletón, mmm...

El estómago de Ana se activó en ese momento. Quizás había calculado mal el hambre que tenía, porque se lanzó sobre el plato como si no hubiera un mañana. Tras la incursión, la rutina había vuelto a la vida del equipo. Cada uno tenía sus hobbies, en algo habían de gastar el tiempo en aquella nave. La base de datos de entretenimiento poseía casi todo lo almacenado por la humanidad en formato digital y holográfico. Además, Navegación poseía la capacidad de producir sus propias historias, aunque no pasaban de ser refritos y copias de obras humanas. Pese a todo, algunas eran hasta divertidas. Ana se dedicaba a leer, una actividad lenta y satisfactoria. Se despidió de los compañeros y pensó en dar una vuelta por la nave antes de ir a su camarote.

Estaba tumbada en la cama. La vuelta había sido más rápida de lo normal. Debía estar más cansada de lo que pensaba. Los ojos empezaron a cerrársele nada más tocar la almohada. Las luces se atenuaron hasta casi desaparecer. Dejó la ropa sobre el sillón de lectura que había pedido a Navegación y se tumbó. ¿Era de noche en alguna parte? Bostezó y...

Lanzó una granada de conmoción por encima del tractor, retenido con cierres magnéticos, con la esperanza de no dañar la maquinaria. Dani se asomó tras ella y disparó una ráfaga corta. En la bodega 4 había material de primera necesidad y no podían permitirse perderlo. Eso requería más cuidado de lo habitual. El sensor del HUD señalaba tres hostiles tras otros dos tractores y una cosechadora. Ana marcó a Bo en comunicaciones y le dio luz verde. Era la mejor para hacer lo que tenían que hacer de una manera limpia.

En esta ocasión ya conocían a los hostiles. Charlie los llamaba Verracos, por el aspecto porcino que tenían: cabeza grande y redonda con un morro chato, cuerpos cubiertos de unas cerdas gruesas y ásperas, tan duras que eran capaces de aguantar impactos directos de los fusiles de asalto. Medían más de dos metros de largo y se movían a toda velocidad. Debían pesar unos cuatrocientos kilos y los colmillos que les colgaban de la quijada eran muy capaces de atravesar o agrietar la armadura de combate. Lo mejor que podían hacer era esquivarlos. Pese a su aspecto animal, poseían cierta inteligencia que los hacía más complicados de atrapar. Pero ahora estaban arrinconados. Lo mejor para que Bo diera su recital.

La armadura de Bo estaba pintada de rojo, a diferencia de las del resto, que compartían el aburrido tono azulado de la nave. Bo decía que era para la sangre se notara menos cuando el combate terminaba. Cayó entre los verracos con la *nodachi* desenvainada y del primer golpe le cortó la cabeza a uno de ellos. Los servos protestaron con el giro que la joven imprimió, lanzando una estocada desde abajo a arriba que abrió el abdomen del segundo y le virtió las tripas sobre el suelo de la bodega. El tercero trató de

saltar sobre Bo y aplastarla bajo su enorme peso, pero la armadura aguantó el envite y el verraco acabó en el suelo. Bo levantó la gran espada y le atravesó el cráneo, acallando los quejidos histéricos. Era como si lo hubiera ensayado un millón de veces.

—Muy bien, chicos. Aviso a Navegación y nos vamos.

Respaldo 3 la miró desde el otro lado de una de las cosechadoras almacenadas para terraformar Rigel IV que ocupaban gran parte de la bodega.

—Cuando queráis, nosotros nos encargamos.

El agua salía caliente de la ducha, era agradable. El vapor ocupaba el cubículo. Tenía suerte de que solo fueran cinco los que estaban allí. Las duchas, una vez despierta la mayoría de los colonos, serían de sílice y funcionarían mediante aire a presión. El agua se reservaba para la alimentación y los jardines hidropónicos. Era uno de los pocos recursos limitados en la nave, pero uno de los Respaldos le había asegurado que no había problemas, porque Navegación era capaz de capturar pequeños cometas y algún que otro meteorito recubierto de hielo, si es que era necesario. Pensó en leer algo antes de comer y dar una vuelta por la zona de ocio. Podía escoger entre varios ambientes como...

Ana se removió inquieta en el sillón orejero de cuero con un ejemplar de *Las naciones fantasma* entre las manos. Era uno de los libros que había traído con ella, sacrificando parte del escaso peso personal que podían subir a la nave. Estaba en el Old Times, uno de los bares irlandeses de la zona de ocio. Sonaba la típica música tradicional y un respaldo sonreía tras la barra del pub.

—¿Otra pinta, sargento? —dijo el androide, levantando un vaso de cristal.

Encima de la mesa, a su izquierda, se acumulaban otros cinco. Le había dado bien a la Guinness esa tarde.

Ana estaba cansada y le costaba enfocar la mirada. Decidió dar por terminada la noche mientras todavía era capaz de volver sola al camarote. Alguna vez había acabado colgada del brazo de un Respaldo camino a la cama, y no era algo que quisiera repetir.

—No, gracias, Respaldo...

—37 —dijo el androide—. Si viene a un irlandés, soy su Jack de la suerte.

—Creo que es hora de que me vaya. Buenas noches —añadió, aunque no tenía ni idea de qué hora era en realidad. Iba vestida con el chándal de entrenamiento y ni siquiera llevaba la consola portátil en la muñeca. Salió del pub y caminó hacia el ascensor más cercano.

—¡Agárrate bien! —gritó Charlie, mientras la Virtus, el pequeño transbordador de la Escila, daba una vuelta de trescientos sesenta grados para esquivar una ráfaga de pulsos de energía. Ana no llegó a tiempo de amarrarse bien y el peto protector se le clavó en el cuello y le causó una punzada de dolor.

La nave enemiga tenía forma de medialuna y maniobraba como una avispa enfurecida alrededor de la Escila. Los sensores habían captado su presencia hacía solo media hora, lo que daba a entender que podía camuflarse hasta llegar al alcance de las cámaras visuales. Si era amistosa o no era un tema que había quedado claro con los primeros impactos sobre la nave. Aunque no parecía capaz de destruir al gran leviatán, podía causar daños en sensores y antenas necesarias para la navegación. Así que ahí estaban Charlie y Ana, tratando de mandar a aquel caza al infierno antes de que causara un mal mayor.

Ana estaba tras los mandos del único cañón de la Virtus. El sistema de trazado trataba de marcar a la nave enemiga, pero se movía demasiado deprisa. Ana gruñó y desconectó el automático, dejando activadas solo las ayudas al movimiento. Ese cabrón se movía bien, pero había abatido a pilotos mejores. Disparó dos veces para comprobar los movimientos de la nave y sonrió. El que manejaba la nave siempre hacía un leve giro a la derecha tras evitar un impacto para luego acelerar en línea ascendente. Ana disparó de nuevo, primero provocando el movimiento y luego hacia donde, según ella, iba a desplazarse. Apenas un segundo después, la nave enemiga se convirtió en una bola de fuego, girando incontrolada, alejándose de la Escila hacia los abismos estelares.

—¡Ja! —gritó Ana, levantando los brazos a modo de victoria.

—Uno menos —dijo Charlie.

—¿Cómo que uno menos?

Los sensores chillaron como chicharras enfurecidas. Desde la pequeña ventana de la Virtus, Ana contempló al menos veinte naves más aparecer rondando a la Escila, dándole vueltas, buscando algún punto débil. Volvió a activar el sistema automático del cañón. Iba a necesitar algo más que su intuición.

—Avisa a Nat y que ponga en marcha la autodefensa de la nave.

Desde que Ana estaba al mando, solo habían activado los multicañones en dos ocasiones. Era un enorme gasto de recursos y energía, pero en ocasiones parecía inevitable. Charlie dio el aviso y las grandes baterías de defensa asomaron alrededor de la nave, buscando sus objetivos. Ana, por su parte, movió la cabeza, haciendo crujir el cuello, antes de seleccionar su propio objetivo en pantalla.

—Vamos a por esos hijos de puta...

—¿Otra cerveza, sargento?

Ana dio un bostezo. Se había quedado dormida unos segundos. El Respaldo estaba recogiendo el local irlandés, aunque no había ni hora de cierre ni de apertura. De vez en cuando lo hacía, como si aquella rutina no se pudiera perder, ni siquiera en el espacio. ¿Cómo se llamaba?

—¿37?

—¿Sí, sargento?

—Mejor una botella de agua. ¿Cuánto rato llevo aquí? Creo que he perdido la noción del tiempo.

—En seguida. Lleva usted aquí dos horas, once minutos, veinte segundos. El piloto Charlie estuvo con usted hasta hace una hora. Por lo visto necesitaban celebrar la victoria sobre los vibroides.

—¿Vibroides?

—Charlie ha decidido llamar así a las naves que nos han atacado. A falta de algo mejor, así se ha quedado.

Ana se llevó la mano al cuello. Recordaba el dolor, pero ahora no sentía nada. Claro que después de unas cuantas cervezas... Al día siguiente, cuando se enfriara, dolería como el infierno. Aceptó la botella de agua de manos de 37 y le pegó un buen trago. Estaba fresca. Cerró los ojos por un instante y...

... Bo retiró la espada del abdomen hinchado del hostil. Era verdusco, con una armadura quitinosa y un aguijón de escorpión. Parecía una extraña mezcla de insectos terrestres. Charlie disparó contra otros dos. Nat gritó por el comunicador que la estaban rodeando. Dani cambió el cargador de la ametralladora de tubo y comenzó a descargar una lluvia de fuego sobre los cientos de bichos que trepaban por las paredes. Ana contempló la situación desde lejos, como si fuera una observadora más de un espectáculo dantesco. Solo reaccionó cuando uno de aquellos extraños escorpiones le saltó a la cara y la armadura ejecutó, por sí sola, una finta que hizo que la cabeza le rebotara dentro del casco. No había tiempo para desmayos. Agarró con fuerza el fusil y metió al hostil tres disparos que esparcieron su interior por el suelo.

Apagó las luces y se quedó durmiendo con el libro en la mano. Comió chuletón. Se puso el exotraje para salir a luchar cuerpo a cuerpo sobre la antena de comunicaciones. Los hongos inteligentes ocuparon el exterior de la cubierta cinco y hubo que salir con arcos de plasma para erradicarlos. Bo perdió un dedo de la mano izquierda en una pelea, pero pudieron regenerarlo. Charlie instaló otro cañón en la Virtus.

—¿Otra cerveza, sargento?

37 sonreía.

—Si necesita un irlandés, yo soy su Jack de la suerte.

Cinco años. Solo cinco años de servicio. Luego volvería a la criogenia. Al mundo de Navegación.

La explosión la cogió por sorpresa, y Ana salió despedida contra la pared. La armadura absorbió la mayor parte del impacto.

—Yo soy su Jack de la suerte.

Apagó las luces.

EL SUEÑO DE ESCILA

¿Dónde estaba su libro?

Lo único que podía oler era a bicho muerto.

No tenía hambre.

—¿Otra cerveza, sargento?